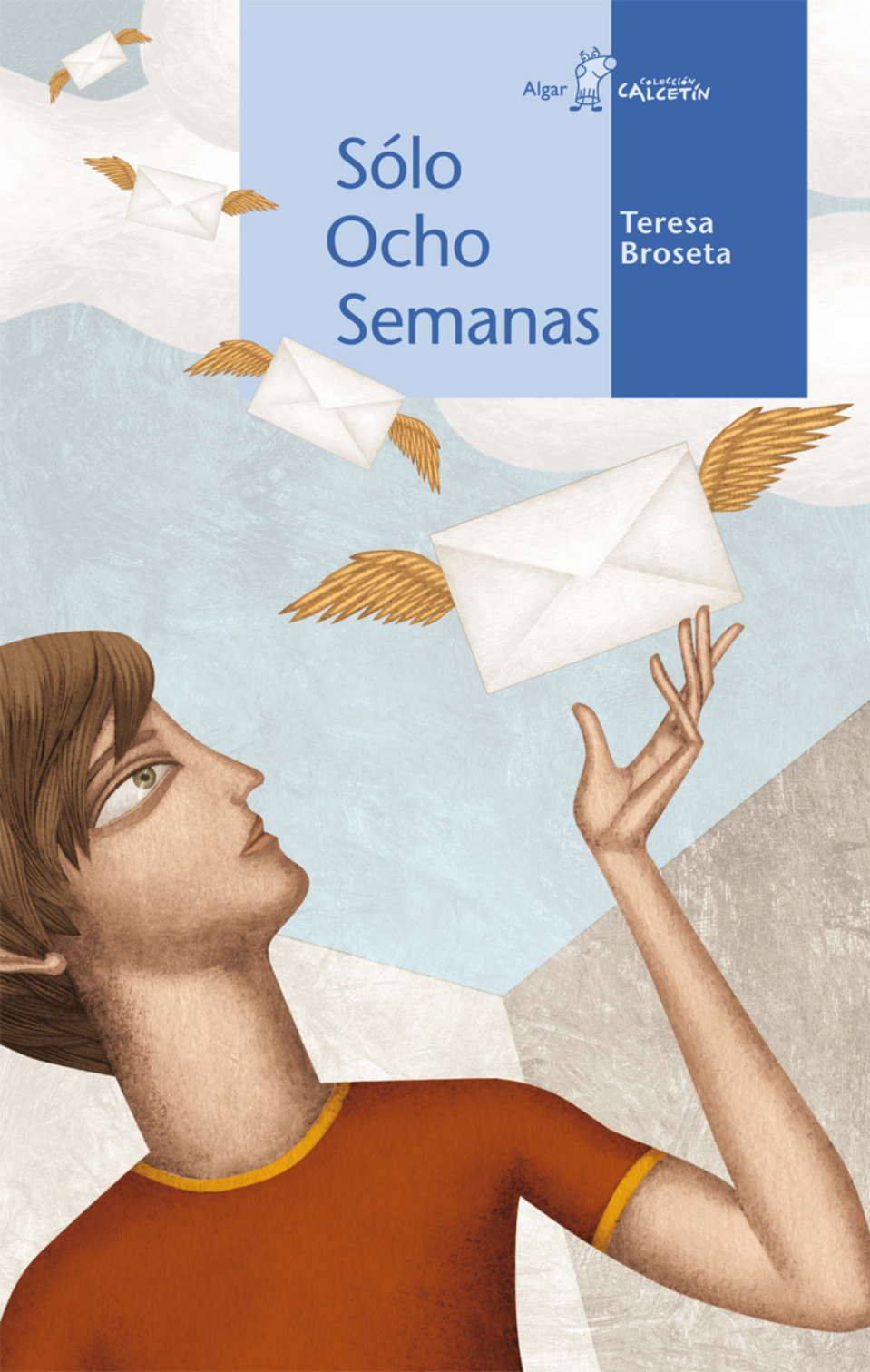


Algar

COLLECCIÓN
CALCETÍN

Sólo Ocho Semanas

Teresa
Broseta



Capítulo 1

Un mal día lo tiene cualquiera

El sol de junio reverberaba en el asfalto mientras volvían a casa, arrastrando los pies y con el ánimo por los suelos.

—¿Nos tomamos algo fresco? —suspiró más que preguntó Lucía, limpiándose por enésima vez el sudor que le corría por la frente.

—No sé si me queda pasta... —contestó cansinamente David, palpándose los bolsillos a sabiendas de que hacía mucho tiempo que en ellos no había ni una triste moneda.

—Yo tengo —cortó Pablo.

Dedicando un rápido pensamiento a la inmensa suerte de que Pablo siempre tuviera el bolsillo lleno, se derrumbaron en la primera terraza que les salió al paso. Las sombrillas descoloridas apenas podían tamizar el sol inclemente del mediodía, pero un interior sin aire acondicionado era todavía menos apetecible. Se bebieron el refresco sin cruzar palabra y sólo después, mientras Lucía masticaba el hielo con sus dientes afilados

haciendo correr un escalofrío por la espalda de David, recuperaron el hilo de una conversación que había empezado mucho antes, a la puerta del colegio.

–El año que viene, al instituto –repitió Lucía, con una sonrisa valiente pintada en la cara.

–¿Y si no nos toca la misma clase? –preguntó David, intentando no prestar atención al ruido que hacían los dientes de Lucía triturando el hielo.

–¡No seas gafe! –gimió Pablo–. ¿Por qué no va a tocarnos juntos?

–Yo qué sé... Imagínate que hacen grupos por notas, o algo así...

–¡Si hacen grupos por notas, no hay problema! –rió Lucía, sin dejar de masticar–. Los tres somos igual de desastrosos...

–Tú, menos –señaló David, con un ligero rencor en la voz–. Éste y yo sí que tenemos unas notas lamentables...

–¡No hablemos más de notas, por favor! –volvió a gemir Pablo, cada vez más lúgubre.

–¿Entonces de qué? –preguntó Lucía–. ¿Del verano?

–¡No, por favor! –era el turno de gemir para David–. Va a ser peor que el pasado...

–¿Por qué? –pinchó Lucía, que lo sabía perfectamente.

–¡El verano pasado suspendí menos! Y, aun así, me tuvieron peor que en la cárcel... Sin bici, sin tele, sin música... ¡Y menos mal que se ablandaron, porque al principio incluía no poder bañarme!

—El mío tampoco fue una maravilla —se quejó Pablo—. Le tengo un asco al dichoso apartamento que no lo puedo ni ver... ¡Me aburro como una ostra!

—¡Pues ya me gustaría a mí tener un apartamento! —suspiró Lucía—. A mí me toca el pueblo, con los abuelos... ¡Otro verano dejando que se me coman las pulgas y ordeñando vacas!

—¡Total, que va a ser un asco! —resumió David—. Y si no volvemos pronto a casa, aún será peor...

Pablo pagó los tres refrescos sin despegar los labios. Lucía solía tener poco dinero; una madre en paro y un padre con trabajos temporales, además de tres hermanos, no dan para muchas alegrías... David, perpetuamente castigado por culpa de las notas, nunca tenía un céntimo, por más que se empeñara en escurrirse los bolsillos una y otra vez. Menos mal que los padres de Pablo tenían la cartera llena y la mano generosa... ¡Era una de las pocas ventajas que le encontraba a eso de ser hijo único!

Volieron a arrastrar cansinamente los pies por el asfalto ardiente, y a hacer conjeturas sobre el cambio de vida que les esperaba en septiembre. El instituto, aquel edificio gris y cuadrado al que nunca habían prestado la menor atención, iba a convertirse en el centro de sus vidas.

—¡Es enorme! —se lamentó Lucía—. Me costará el curso entero no equivocarme de clase...

Los otros rieron a gusto. El despiste de Lucía, que conocían de primera mano desde los lejanos años de

la escuela infantil, le había jugado más de una mala pasada.

—Te haremos un plano, no te preocupes —la tranquilizó Pablo, que se orientaba en cualquier lugar con una rapidez asombrosa.

—¡No quiero un plano! Lo que quiero es que vengáis a mi clase...

Eso querían todos. Pero era mejor no darle demasiadas vueltas. Al fin y al cabo, no era algo que estuviese en su mano decidir... David cambió de tema:

—¿Quedamos esta tarde?

—¿Te dejarán? —se asombró Pablo—. Aún tienes que enseñar las notas...

—¡Ya, pero ahora se tiran una semana pensando el castigo que me van a poner! Como si no fuera ya una cosa de costumbre...

—¡Los padres están locos! —aseguró Lucía—. A mí no me castigarán, pero me soltarán un sermón de hora y media... ¡Si no estudias, no serás nada el día de mañana! Como si a ellos les hubiera servido de mucho... —terminó, amargamente. ¡Estaba visto que el día no era propicio a la alegría!

—Bueno, a las seis en la plaza —concretó David, que no pensaba pasar en casa ni un minuto más de lo imprescindible después de entregar las dichas notas. Prefería achicharrarse al sol de la tarde en un banco de la plaza, cualquier cosa mientras pudiera estar con Pablo y Lucía. Mientras doblaban la última esquina,

calculó rápidamente cuántos años hacía que eran amigos. «¡Doce menos dos, me quedan diez!» La cuenta estaba clara, hasta para alguien tan poco dotado para las matemáticas como él. ¡Ni siquiera el cataclismo del instituto lograría separarlos! Un gruñido interrumpió bruscamente las nostálgicas reflexiones de David.

—¡Mierda!

Lucía y David miraron con sorpresa a Pablo.

—¿Qué pasa ahora? ¿Has perdido algo?

—¿Qué hacen aquí otra vez? —murmuró Pablo para sí mismo, mientras señalaba apenas con la cabeza un larguísimo coche negro aparcado en segunda fila delante de su patio.

—¿Qué hacen, quiénes? —preguntó David, impaciente. Si llegaba tarde a comer, eso de salir a las seis de la tarde no iba a estar nada fácil...

—Esos tipos... —volvió a murmurar Pablo, sin fuerzas para más.

—¿Qué tipos? —terció Lucía—. ¡Sólo hay un coche!

—¡El coche de los dos tipos, que parecéis tontos! —se irritó Pablo—. Y yo tampoco sé muy bien quiénes son, pero mis padres se ponen rarísimos cada vez que aparecen.

—¿Rarísimos cómo? —preguntó David—. ¿Contentos, enfadados, o qué?

—¡Yo qué sé! Raros...

—¡Será que les deben dinero! —sugirió Lucía—. No sabes cómo se pone mi madre cada vez que llama a la

puerta alguien a quien debemos dinero... ¡Más que rara, se pone loca!

—¡Que no, que tampoco es eso! Se ponen raros conmigo...

—¡Chico, no hay quien te entienda! —se quejó David—. ¿Qué quiere decir «raros contigo»?

—¡Yo qué sé! Me miran raro, como si no me conocieran de nada...

David y Lucía, que se sabían de memoria a Pablo, también lo miraron ahora como si no lo conocieran de nada. ¿De qué estaba hablando?

—¡Mira, nos lo explicas esta tarde! —cortó David—. Si llego tarde y enseñe estas notas, este verano querré estar muerto...

—¡Sí, es tardísimo! —confirmó Lucía—. Nos vemos a las seis en la plaza y nos explicas esa historia.

Mientras David y Lucía corrían hacia el patio en el que ambos vivían, una manzana más allá en la misma calle, Pablo metía la llave del portal en la cerradura con el corazón encogido. Unas notas impresentables, la perspectiva de un verano en aquel maldito apartamento, la amenaza del instituto en el horizonte... ¡Sólo le faltaba la visita de aquellos dos tipos para acabar de amargarle el día!